LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

GEOGRAFÍA, HISTORIA, NACIÓN. SOBRE LAS RELACIONES ENTRE LAS CONDICIONES GEOGRÁFICAS Y LOS HECHOS HISTÓRICOS Y NACIONALES DE ESPAÑA

Nicolás Ortega Cantero

Departamento de Geografía
Universidad Autónoma de Madrid

No es difícil encontrar, en las interpretaciones históricas y nacionales de España, ideas y argumentos de carácter geográfico. A la hora de entender los rasgos y las tendencias del desarrollo histórico español y de la formación de la correspondiente comunidad o identidad nacional, se ha acudido a menudo a nociones y a razones que remiten al mundo de lo geográfico. En ese mundo –en sus componentes orográficos, climáticos o territoriales, por ejemplo–, se han buscado en diversas ocasiones los motivos que permitiesen aclarar (o incluso explicar) el desarrollo de la historia española y las tendencias nacionales que se han manifestado en su seno. Esto no quiere decir, desde luego, que tales nociones y razones se hayan utilizado siempre de forma coherente, procurando respetar las coordenadas intelectuales y científicas en las que se mueve el conocimiento geográfico. A veces han respondido a perspectivas anacrónicas, desechadas por la geografía moderna; en otras ocasiones han esgrimido opiniones o creencias con escaso o nulo fundamento, asociadas a una serie de tópicos deterministas acuñados en general por autores ajenos a la geografía; y no han faltado tampoco, en fin, las que se han apoyado en versiones sesgadas o demasiado simples de determinadas visiones geográficas.

En las interpretaciones históricas y nacionales de España suelen converger diversos componentes, variados puntos de vista, y uno de ellos es el geográfico, aquel que se refiere al mundo de las ideas sobre las condiciones y las posibilidades geográficas del territorio y la conexión de esa caracterización geográfica con los grupos humanos que lo habitan y con los procesos históricos, políticos y nacionales correspondientes. Es ésta una dimensión interesante, que ha sido tenida en cuenta, por ejemplo, por los historiadores franceses –inmersos en un horizonte intelectual acostumbrado, al menos

desde principios del siglo XX, a mantener una relación estrecha con la investigación geográfica coetánea—, y que, por el contrario, apenas ha sido considerada hasta ahora por los historiadores españoles. Resulta indicativo en ese sentido que algunas de las consideraciones más solventes sobre la dimensión “geográfica” de la historia de España se hayan debido precisamente a historiadores franceses, como Fernand Braudel o Pierre Vilar¹.

La dimensión geográfica de las interpretaciones históricas y nacionales de España suele aparecer igualmente en las visiones voluntariamente negativas de esa misma realidad. Así sucede, por ejemplo, en las imágenes “antiespañolas” de ciertas interpretaciones de corte regionalista o nacionalista. Y así sucede también en las visiones procedentes de la leyenda negra antiespañola. Como ha señalado Jean-René Aymes (2005), la leyenda negra antiespañola comprende varias dimensiones (historiográfica, económica, sociológica, etc.), y entre ellas se cuentan las dimensiones “geográfica” y “paisajística”, que se hacen bastante patentes en algunas de las visiones de España y de Castilla asociadas a esa leyenda. La valoración de las condiciones naturales (sobre todo climáticas) y de sus efectos fatalmente desfavorables, y la consiguiente visión de España o de Castilla como un paisaje desértico e inhóspito, asiento de una miseria lacerante e insuperable, son algunas de las notas “geográficas” que, con todas sus dosis de simplificación y exageración, acompañan a menudo a las consideraciones inscritas en el marco de la leyenda negra antiespañola.

* * *

En todo caso, y al margen de las variadas interpretaciones que quepa hacer de ellas, lo cierto es que existen relaciones entre las condiciones geográficas de un territorio y los procesos históricos y nacionales que se desenvuelven en él. Y la geografía moderna se ha interesado siempre por el estudio de esas relaciones. A diferencia de la anterior, la geografía moderna, fundada en la primera mitad del siglo XIX por Alexander von Humboldt y Karl Ritter, quiso explicar las realidades geográficas, no limitarse a describirlas, procuró descubrir el orden de esas realidades, las relaciones y leyes que las organizaban. La clave principal de la geografía moderna fue, desde sus comienzos, su intención explicativa, su voluntad de entender el orden, la organización de las realidades geográficas. Lejos de contentarse con la

---

1 Ambos historiadores son, en este sentido, ejemplares. Basta leer, por ejemplo, para comprobarlo, la primera parte (“La part du milieu”) de *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, de Fernand Braudel (1949), o la primera parte del libro primero (“Le milieu naturel et le milieu historique”) de *La Catalogue dans l'Espagne moderne*, de Pierre Vilar (1962). No está de más señalar aquí que los dos incorporan y prolongan en sus consideraciones geográficas la óptica interpretativa inaugurada por Paul Vidal de la Blache en su *Tableau de la géographie de la France* (1903) y desarrollada después en la escuela francesa de geografía.

mera descripción de lo que tenía delante, la geografía moderna debía “ocuparse –como advirtió el propio Ritter (1982: 169)– de las relaciones y de las leyes generales, que son las que únicamente pueden convertirla en una ciencia y darle su unidad”.

Esa intención explicativa se dirigió pronto hacia las relaciones que cabe establecer entre las condiciones geográficas y los hechos históricos. Apenas se habían tenido en cuenta antes esas relaciones, y los hechos históricos se habían interpretado en general con la ayuda de factores biográficos o políticos. Los geógrafos modernos modificaron esa óptica interpretativa: señalaron la necesidad de considerar las condiciones geográficas –el factor geográfico– a la hora de entender cómo se habían producido los distintos desarrollos históricos. Como decía Friedrich Ratzel (1982: 193), a finales del siglo XIX, no era razonable estudiar al hombre, ni la historia del hombre, “como si se hubiera formado en el aire, sin vínculos con la tierra”.

El primero que planteó con claridad la necesidad de tener en cuenta las condiciones geográficas de cada lugar para entender correctamente los hechos históricos allí localizados fue Ritter. Publicó, a lo largo de treinta y ocho años, entre 1822 y 1859, una obra monumental, en diecinueve volúmenes, *Die Erdkunde*, cuya finalidad esencial era explicar las conexiones existentes entre la geografía y la historia, o, dicho de otro modo, entre las condiciones geográficas y los desarrollos históricos de las diferentes partes del mundo.

Como fue habitual en toda la geografía del siglo XIX, Ritter aplicó una óptica interpretativa de cuño naturalista, que le llevó a atribuir a las condiciones geográficas, fundadas en el orden natural, un alto grado de influencia en términos causales sobre los hechos históricos. El desarrollo histórico de Europa, por ejemplo, debía mucho, según Ritter, a sus condiciones geográficas, apoyadas en la armonía y la favorable articulación de sus formas naturales. “El menor de los continentes –advierte– estaba [...] destinado a dominar a los más grandes” (Ritter, 1982: 173).

Los geógrafos del siglo XIX tendieron, al igual que Ritter, a atribuir a las condiciones naturales y geográficas una fuerte influencia sobre los hechos históricos. Incluso, en ocasiones, esa influencia llegó a entenderse como determinación, y de ahí que a menudo se haya hablado de “determinismo” para caracterizar sus posturas respecto de la relación entre condiciones geográficas y hechos históricos. Según esas posturas, los hechos históricos estarían fuertemente influidos o incluso determinados por las condiciones naturales y geográficas. Es la opinión que podemos encontrar, siguiendo a Ritter, en geógrafos decimonónicos como Élisée Reclus o Friedrich Ratzel.

Las cosas se modificaron con el cambio de siglo, debido sobre todo a los renovados rumbos introducidos en esa dirección por la escuela

francesa de geografía. Se abandonó gradualmente la óptica anterior, y se introdujo un punto de vista más amplio y más adecuado para interpretar los hechos humanos e históricos. Frente a la etapa decimonónica, a la que se consideró “determinista”, la geografía francesa inició otra distinta, a la que se ha denominado “posibilista”. El historiador Lucien Febvre razonó detenidamente sobre esas dos visiones y sus diferencias en su libro de 1922 sobre *La Terre et l'évolution humaine*, que tenía un subtítulo elocuente: *Introduction géographique à l'histoire* (véase Febvre, 1922). En España, Manuel de Terán publicó en 1957 un artículo titulado “La causalidad en geografía humana”, en el que distinguió también entre la óptica determinista del XIX y la posterior de signo posibilista, en la que él mismo se situaba (véase Terán, 1957).

La postura posibilista, ampliamente arraigada en la geografía del siglo XX, considera que las condiciones geográficas, con su fundamento natural, no permiten explicar por sí solas los hechos históricos. No son el principal factor causal –y menos el factor determinante– de esos hechos, y su papel debe ser entendido en términos de posibilidades, no de determinaciones. Este es el enfoque que expuso Paul Vidal de la Blache, el fundador de la escuela francesa de geografía, en una de sus obras más valiosas e influyentes, *el Tableau de la géographie de la France*, de 1903 (véase Vidal de la Blache, 1903)². Como advierte claramente su autor, las condiciones geográficas no condicionan rigidamente las actuaciones humanas y los desarrollos históricos, sino que definen posibilidades cuya actualización en un sentido u otro depende de los grupos humanos. Las condiciones geográficas no determinan los hechos históricos; lo que hacen es posibilitar ciertas opciones que los grupos humanos pueden desarrollar o no.

“Una individualidad geográfica –escribe Vidal de la Blache– no resulta de simples consideraciones de geología y de clima. No es algo dado de antemano por la naturaleza” (Vidal de la Blache, 1903: 8). Al contrario, hay que entenderla como el resultado concreto, histórico, fraguado a lo largo del tiempo, de la relación que los hombres han mantenido con la naturaleza que tienen alrededor, o, dicho de otra manera, del uso que han querido y sabido hacer los hombres de las posibilidades o energías naturales que tienen a su alcance. Es en esa relación entre el hombre y la naturaleza, en la manera que tienen los hombres de utilizar las posibilidades que su medio natural les ofrece, y no en ninguna determinación causal, donde se puede encontrar, según Vidal de la Blache, la clave de las individualidades geográficas (y de sus desenvolvimientos históricos y nacionales). “Es

---

2 Sobre el importante significado (intelectual y nacional) de esta obra, puede verse el interesante y clarificador libro colectivo dirigido por Marie-Claire Robic (2000). También pueden verse algunas consideraciones sobre las conexiones que establece el autor entre las condiciones geográficas y los hechos históricos y nacionales en Ortega Cantero (2005).

necesario –añade– partir de esta idea de que un territorio es una reserva donde duermen energías cuyo germen ha depositado la naturaleza, pero cuya utilización depende del hombre. Es este quien, adaptándolas a su uso, saca a la luz su individualidad. Establece una conexión entre rasgos dispersos; sustituye los efectos incoherentes de circunstancias locales por una concurrencia sistemática de fuerzas. Es entonces cuando un territorio se precisa y se diferencia, y termina siendo a la larga como una medalla impresa con la efigie de un pueblo” (Vidal de la Blache, 1903: 8).

Este es el punto de vista de la geografía de nuestro tiempo: las condiciones geográficas deben ser tenidas en cuenta a la hora de entender los hechos históricos, no como factores determinantes o poco menos, sino como un factor que se añade a otros y define unos marcos concretos de posibilidades. La geografía actual renuncia así a las viejas fórmulas que se empeñaban en decir que la historia estaba fuertemente condicionada o determinada por las condiciones geográficas, pero huye también de cualquier simplificación de signo opuesto que pretenda afirmar que tales condiciones no tienen nada que ver con los desarrollos históricos concretos. El desprestigio actual de las ópticas deterministas ha llevado a menudo a desatender por completo el factor geográfico a la hora de entender los desarrollos históricos. Y esto es un error: un error que no es sino la simetría inversa del error anterior. Las condiciones geográficas están relacionadas con los hechos históricos, y se trata en cada caso de ver cómo se han concretado esas relaciones, de qué manera se han utilizado o no históricamente las posibilidades derivadas en cada momento de las primeras.

Merece la pena recordar aquí brevemente algunas de las ideas ofrecidas por Vidal de la Blache sobre este asunto. Geografía e historia son, en su opinión, inseparables: no hay historia ni nación sin un componente espacial, sin un territorio propio, sin un lugar del que ambas proceden y en el que ambas arraigan. Sus palabras son, en este sentido, inequívocas: “La historia de un pueblo –dice Vidal de la Blache (1903: 3)– es inseparable del territorio que habita. Solo es posible imaginarse al pueblo griego en torno a los mares helénicos, al inglés en su isla, al americano en los amplios espacios de los Estados Unidos”. Por tanto, para Vidal de la Blache –y para buena parte de la geografía posterior a él–, la historia de un pueblo y su configuración nacional no son abstracciones ajenas a las realidades espaciales. Ambas, historia y nación, son, por el contrario, inseparables del lugar –suelo, región, territorio– en el que nacen y se desenvuelven. Lo ha señalado Jean-Marc Besse (2000: 234), comentando la obra de Vidal de la Blache: “El lugar es parte integrante de la historia. Es quizá la condición que hace posible su realidad efectiva”.

Podemos decir, en resumen, siguiendo la perspectiva abierta por Vidal de la Blache a principios del siglo XX y prolongada después en

buena parte de la geografía posterior, que existen relaciones entre las condiciones geográficas y los hechos históricos y nacionales, relaciones diversas, cambiantes y a menudo complejas, que actúan junto a otras de muy variada índole. Las condiciones geográficas influyen de un modo u otro en los desarrollos históricos y nacionales, facilitando ciertas opciones o dificultando otras, por ejemplo, y de lo que se trata es, como decía Manuel de Terán (1949: 7), de valorar esa influencia en “sus justas proporciones”, sin exageraciones de uno u otro signo.

* * *

Pasemos ahora a considerar algunos ejemplos del modo como han entendido los geógrafos modernos, en el caso de España, esas relaciones entre las condiciones geográficas y los desenvolvimientos históricos y nacionales. Centraremos la atención en dos aportaciones geográficas, significativas ambas y respectivamente expresivas de las dos ópticas –que podemos llamar, para entendernos, aunque simplificando un poco las cosas, «determinista» y «posibilista»– sucesivamente aplicadas a este asunto. La primera de ellas procede de Élisée Reclus, y data de los años setenta del siglo XIX, y la segunda se debe a Manuel de Terán, que la formuló a mediados del siglo siguiente.

La visión de Reclus está contenida en el primer volumen de su *Nouvelle Géographie Universelle*, publicado en 1876, cuyo capítulo décimo está dedicado a España (véase Reclus, 1876)³. Además de geógrafo, Reclus era anarquista y aportó a su visión de España un notable sentido crítico, desde el punto de vista histórico y social, que contribuyó a que su imagen geográfica de España fuese bien recibida e incorporada por los círculos reformistas y regeneracionistas españoles, como sucedió, por ejemplo, en la Institución Libre de Enseñanza.

Una de las aportaciones más valiosas de Reclus se situó en el terreno paisajístico. Ofreció en su obra la primera visión del paisaje español inspirada en los postulados del paisajismo geográfico moderno, iniciado por Humboldt. Modificó así los términos de la visión anterior del paisaje de España: lo que había sido hasta entonces, con los escritores y pintores románticos, una visión predominantemente estética, pasó a ser, con Reclus, una visión más geográfica, más próxima a Humboldt, apoyada en una relación más equilibrada entre la dimensión estética, que no desaparece, y la dimensión científica.

---

3 Sobre las características y la proyección de la visión de España ofrecida por Reclus en su *Nouvelle Géographie Universelle*, puede verse Ortega Cantero y García Álvarez (2006).

Reclus considera, como buen geógrafo moderno, que los paisajes expresan visualmente los rasgos esenciales de la organización natural y geográfica que los fundamenta. Y considera también que los paisajes están relacionados con la historia y con la identidad colectiva o nacional de los pueblos que habitan en ellos. La historia y la identidad de los pueblos se expresan, por tanto, en el paisaje. Esa correspondencia entre paisaje, historia e identidad se deja ver en distintas ocasiones en el texto sobre España de la *Nouvelle Géographie Universelle*, y un buen ejemplo de ello es lo que allí se dice sobre Castilla. Se distancia de los juicios estéticos en general muy adversos que le dedicaron los románticos, y traza de ella una imagen que expresa certeramente su caracterización natural y geográfica y su fisonomía paisajística, y que abre el camino a imágenes posteriores de ese mismo ámbito, como las procedentes de la Institución Libre de Enseñanza o, en relación con ellas, de la generación del 98. “Las Castillas –escribe Reclus (1876: 667)–, esta España por excelencia, no son un país bello, o al menos su belleza, solemne y formidable, no resulta adecuada para ser comprendida por la mayoría de los viajeros. Amplias extensiones de la meseta, como la Tierra de Campos, al norte de Valladolid, son antiguos fondos lacustres, con suelo muy fecundo, pero de una extrema monotonía, por la falta de variedad en los cultivos y la ausencia de vegetación forestal; el suelo se muestra allí al desnudo con sus arcillas y sus arenas matizadas en gris, en azul, en rojo claro, en rojo de sangre. Sus caminos, por los que pasan largas hileras de mulas levantando polvaredas, se confunden con los terrenos vecinos”.

Reclus afirmó, como se ve, que Castilla, el ámbito geográfico correspondiente a la Meseta central, era la “España por excelencia”, y relacionó además su configuración geográfica con la importancia histórica de Castilla en la historia de España. A la extensión, la posición y la topografía “dominante” de la Meseta, habría correspondido, en su opinión, el papel político preponderante de sus habitantes, los castellanos, en el conjunto peninsular: “por el hecho mismo de su posición dominante –dice Reclus (1876: 666-667)–, los castellanos se han anexionado casi todos los territorios vecinos bajo su dominio, que ocupa ya más de las dos quintas partes de toda España”.

Junto a esa mirada paisajística, de cuño humboldtiano, hay en la obra de Reclus una interpretación territorial de España, más conectada con los planteamientos de Ritter, de gran interés. Recuerda, en primer lugar, la importancia de la Meseta central, que aparece como una ciudadela, con comunicaciones difíciles con el mar, lo que favorece la desconexión entre el centro y la periferia, con el consiguiente inconveniente para el comercio. Hay que tener en cuenta, además, como advierte Reclus, el carácter masivo, poco articulado, del contorno peninsular, y su comportamiento continental,

como un continente en miniatura. Y habla, en segundo lugar, de la existencia de diferencias internas, regionales, muy notables, entre las que ocupan un lugar destacado las que se dan entre el interior y las costas.

Esas condiciones geográficas de España han tenido, según Reclus, consecuencias históricas importantes. Por una parte, el carácter masivo de las costas y la escasez de puertos naturales habrían limitado históricamente la actividad comercial que podría haberse derivado de su riqueza interior y su ventajosa posición geográfica, entre el Atlántico y el Mediterráneo. Y, por otra parte, la existencia de algunas llanuras costeras (como el estuario del Tajo o la depresión del Guadalquivir) y la inclinación topográfica general de la meseta hacia el Océano Atlántico habrían propiciado, una vez descubiertas las rutas comerciales atlánticas a América y África, la orientación general de la historia española y mundial hacia el oeste, volviendo la espalda al oriente, y con ello, a la Europa mediterránea, en un proceso de sustitución que, en cierto modo, coronaría y al tiempo cerraría el papel director desempeñado por esta región de Europa en los primeros siglos de la historia de la civilización.

Habla también Reclus de los signos y las causas de la decadencia de la nación española. Plantea, en este aspecto, una visión crítica, que tiene en cuenta las diversidades regionales internas (naturales y humanas), y que aporta además algunas de las claves interpretativas recogidas y desarrolladas luego por las corrientes reformistas y regeneracionistas españolas. Junto a otros factores históricos y sociales, se refiere, en este sentido, a la dificultad permanente de vertebración nacional, que atribuye, esencialmente, a las “condiciones geográficas de la Península”, tanto por la acentuada diversidad natural y humana regional –una diversidad que “ha pasado de la naturaleza a los hombres que la habitan” (Reclus, 1876: 663)–, como por las enormes y crecientes diferencias de riqueza y de población entre las zonas litorales y las mesetas del interior.

La diversidad regional interna de España ha tenido también, en opinión de Reclus, consecuencias históricas importantes. Buen ejemplo de ello era la oposición entre el interior mesetario, de clima riguroso y suelo estéril, propicio a la despoblación, y el litoral atlántico y mediterráneo, beneficiado desde el punto de vista natural y propicio para la vida económica moderna y el crecimiento de la población. “Sobre el borde oceánico y mediterráneo de la Península –afirma Reclus (1876: 663-664)– se han reunido todas las ventajas: el clima es más suave, la tierra fecunda se cubre más abundantemente de vegetación, la facilidad de las comunicaciones invita a los hombres a los viajes y a los intercambios; por eso los cultivadores, los comerciantes y los marineros se agrupan en el litoral, y allí se han fundado la mayor parte de las grandes ciudades. En el interior del país, por el contrario, las mesetas áridas, las rocas desnudas, los ásperos caminos, los

terribles inviernos, la falta de productos variados han hecho la vida difícil a los habitantes, y a menudo muchos de los jóvenes, atraídos por las llanuras afortunadas que se extienden al pie de sus montes salvajes, emigran”.

Esa desigualdad entre “las llanuras del litoral y las mesetas del interior” tiene, según Reclus, consecuencias importantes en la historia española, como es la tendencia de las provincias marítimas, las más ricas y vitales, “a aislarse de las otras partes de España y vivir una vida independiente” (Reclus, 1876: 665). Los desequilibrios territoriales de riqueza y población entre el centro y la periferia, apoyados en las diversas potencialidades del medio físico, dificultan la unidad nacional y fundamentan geográficamente los regionalismos periféricos, cuyo acomodo exigiría, según el autor, una reforma de la organización territorial-administrativa vigente. Por eso, para Reclus, el proyecto constitucional de 1873, finalmente frustrado, que preveía una República federal organizada en estados de ámbito regional, estaba completamente justificado por “la forma geográfica del país y la historia de sus habitantes” (Reclus, 1876: 665).

Reclus se refiere también, por último, a las dificultades que pueden derivarse de la diversidad regional interna respecto del logro de la unidad nacional. Existían, desde luego, según Reclus, rasgos unificadores. La Península Ibérica, dice, es un “conjunto geográfico”, un “miembro indivisible” de Europa (Reclus, 1876: 647), que constituye un todo por su organización natural (geológica, geomorfológica e hidrográfica). Pero, junto a esos rasgos unificadores, existen otros de signo contrario, favorecedores de la disgregación, que proceden sobre todo de la fuerte diversidad interna (natural y geográfica) de España. A las diferencias entre el centro y la periferia se añaden las debidas a la compartimentación del territorio por las montañas que lo recorren. La conclusión de Reclus es clara: la diversidad geográfica interna de España, que se ha proyectado sobre los grupos humanos, ha dificultado en gran medida el libre agrupamiento de sus habitantes en un cuerpo nacional compacto y sólido. De ese modo, por tanto, las condiciones geográficas de España han tenido sobre su historia, según Reclus, un efecto principalmente disgregador, que ha dificultado la consecución de una unidad nacional sólida y estable.

Plantea así Reclus el asunto de la diversidad interna de España, señalando su fundamento natural y geográfico, y habla de las dificultades que de ella se derivan para conformar un conjunto nacional unitario. Es la dialéctica entre las tendencias unificadoras, integradoras, que algunos rasgos naturales y geográficos parecen facilitar, y las tendencias disgregadoras, separadoras, que parecen encontrar su justificación en otras características igualmente naturales y geográficas del territorio español. La solución podría encontrarse, según Reclus, en una organización territorial descentralizada, de corte federal, que expresase en términos políticos las diferencias

regionales internas del conjunto de España. Era un modo de resolver la dualidad que Reclus advirtió en la influencia –unificadora o disgregadora– de las condiciones geográficas sobre la historia de España.

Reclus ofreció una visión de España que prefiguró en buena medida la que ofrecieron después los institucionistas y otros reformistas liberales, con consideraciones geográficas e históricas bastante similares también a las que promovieron esos círculos. Es ejemplar en ese sentido lo que dice Reclus sobre los funcionamientos medievales que se adelantaron, con su reconocimiento de las libertades municipales, al resto de Europa, interpretación similar a la de Manuel Pedregal y Cañedo, que fue Rector de la Institución Libre de Enseñanza, y otros autores posteriores. También fue significativo e influyente lo que señaló sobre la tensión entre unidad y diversidad (geográfica e histórica) en España, que luego reaparece, en términos parecidos, en las consideraciones sobre el asunto de Manuel de Terán. Reclus acuñó un modelo de visión geográfica de España, con un moderno fundamento naturalista y un claro aliento crítico, que fue muy bien recibido y muy tenido en cuenta en los círculos reformistas españoles. Y la huella de Reclus se distingue también en los geógrafos españoles posteriores.

Hay un aspecto de la consideración posterior de Reclus en España que resulta por varias razones significativo, al que no está de más referirse aquí brevemente. Se trata del interés que despertó entre los geólogos que iniciaron en España, en los últimos decenios del siglo XIX, la investigación geológica moderna. Poco después de publicarse, en 1876, el primer tomo de la *Nouvelle Géographie Universelle* de Reclus, aparecieron, en los años ochenta y noventa del siglo XIX, una serie de trabajos de los primeros geólogos modernos españoles, encabezados por José Macpherson, que renovaron sustancialmente la interpretación de la historia geológica de la Península Ibérica. Uno de esos geólogos, Salvador Calderón y Arana, prestó especial atención al papel desempeñado por la Meseta central o castellana en esa historia geológica, y su investigación tuvo muy en cuenta las consideraciones que sobre ese mismo ámbito había llevado a cabo antes, con criterio geográfico, Reclus.

Salvador Calderón llegó a la conclusión de que la Meseta central constituía el núcleo originario de la Península Ibérica, la parte nuclear de lo que el autor denomina, con criterio naturalista, “la primitiva España”, que había presidido, desde el principio, toda la historia geológica peninsular. Adquiría así la Meseta, en la interpretación de Calderón, una importancia natural sobresaliente. Y recordando lo que había dicho sobre el asunto, a mediados de los años setenta, Élisée Reclus, Calderón afirmó diez años después que la Meseta central o castellana era “la Península en pequeño con todos los rasgos fundamentales de su forma, pudiendo decirse geológica-

mente de ella, como en sentido geográfico y político lo ha dicho Reclus, que es la España por excelencia” (Calderón y Arana, 1885, 136 y 169-170).

La geología moderna de los últimos decenios del siglo XIX ofreció así una interpretación renovada de la importancia natural de la Meseta: además de su importancia morfológica, geográfica, señaló su importancia como principal factor organizador de toda la historia geológica de la Península Ibérica. Se prolongó así la valoración que había propuesto antes Reclus, al tiempo que se enriquecía esa valoración introduciendo en ella nuevos enfoques geológicos evolutivos. La visión anterior de Reclus había encontrado en la Meseta un elemento geográficamente importante, fundamental para entender la organización natural de la Península Ibérica. Los primeros geólogos españoles modernos añadieron a esa valoración otro aspecto fundamental: la Meseta era además el núcleo primigenio, originario, del conjunto peninsular, y el que había dirigido y vertebrado toda la historia natural de la Península.

Esa renovada valoración geológica, naturalista, de la Meseta central o castellana aportó una prolongación actualizada, geológicamente actualizada, de la visión geográfica de Reclus. Y aportó además un renovado fundamento natural a toda la también renovada valoración del paisaje de Castilla que iniciaron, en esos mismos decenios finales del siglo XIX, Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. Sin detenerme aquí en este asunto, si quiero recordar que Giner y la Institución Libre de Enseñanza contribuyeron decisivamente a introducir en España el horizonte de la geografía moderna, y que promovieron además, en relación con ese horizonte, una visión plenamente moderna del paisaje que incorporó las claves del paisajismo geográfico inicialmente conformado por Humboldt y cultivado después por geógrafos como Reclus, ambos muy tenidos en cuenta en el círculo gineriano e institucionista.

* * *

Manuel de Terán desempeñó un papel fundamental en la conformación de la escuela española de la geografía moderna⁴. Tuvo una formación humanista, en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, donde cursó los estudios de Historia. Hizo una tesis doctoral de Historia del Arte, dirigida por Manuel Gómez Moreno, y fue Catedrático de Historia y Geografía de Instituto, antes de ser también, desde 1951, Catedrático de Geografía de la Universidad Complutense de Madrid. Su labor docente le acercó al mundo

---

4 Sobre la personalidad intelectual y la obra geográfica de Terán, puede verse el conjunto de trabajos incluidos en el catálogo de la exposición que se dedicó a su memoria en la Residencia de Estudiantes: Martínez de Pisón y Ortega Cantero (2007).

de la geografía, al que se dedicó plenamente desde los años treinta. Estuvo en París, en 1933, pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y allí se puso en contacto directo con la geografía francesa y con algunos de sus más destacados exponentes.

Terán introdujo y promovió en España la perspectiva de la geografía humana francesa. Dio así el paso desde la concepción física o naturalista de la geografía (al modo de Hernández-Pacheco y Dantín Cereceda), hasta la concepción “humanista” de la geografía, siguiendo el modelo francés. Ese cambio significaba la aceptación de que los hechos humanos –y, por ende, los hechos sociales e históricos– no pueden entenderse geográficamente a partir de causas exclusivamente físicas o naturales. En el mundo de la geografía humana no puede aplicarse el concepto de causalidad natural (necesaria), sino un concepto distinto de causalidad (contingente), que dé entrada a las dimensiones históricas, sociales, económicas y psicológicas que intervienen en esos hechos (véase Terán, 1957).

Este planteamiento modificaba notablemente, como es lógico, la interpretación de las relaciones entre condiciones geográficas y hechos históricos y nacionales que se había propuesto anteriormente. Dantín Cereceda, por ejemplo, había afirmado que “todo el proceso histórico queda iluminado por la geografía misma –nexo eterno de lo que fue y de lo que será–, que en el variar de los sucesos perpetúa su esencia permanente”. Y decía a renglón seguido: “La historia es el agua que fluye; la geografía, el oculto depósito de que mana, capaz de comunicarle su calidad perdurable” (Dantín Cereceda, 1918: 8). De ese tipo de enfoque, apoyado en la atribución a las condiciones geográficas de una capacidad de influencia fundamental o incluso determinante sobre los hechos históricos, se alejó decididamente el renovado planteamiento promovido por Terán. Buen ejemplo de ello es lo que dice el propio Terán en el artículo que dedicó, en 1947, a estudiar los Montes de Pas: “Constituyen los Montes de Pas una comarca geográfica cuya personalidad y delimitación depende en mayor grado de las condiciones humanas que de los factores físicos” (Terán, 1947: 496).

Esa es la perspectiva que aplica Terán en su obra. Y a esa misma perspectiva responde también el escrito en el que plasmó de manera más clara, en 1949, su visión geográfica de España y de la influencia de sus condiciones geográficas en su desarrollo histórico y nacional: “La genialidad geográfica de la Península Ibérica” (véase Terán, 1949)⁵. En este escrito, siguió Terán las pautas interpretativas del *Tableau de la géographie de la France* de Vidal

---

⁵ El texto de Manuel de Terán sobre “La genialidad geográfica de la Península Ibérica” apareció inicialmente en el tomo noveno de la versión española de la *Geografía Universal* dirigida por Paul Vidal de la Blache y Lucien Gallois (Terán, 1949), y fue reproducido después en el tomo primero (repetición exacta del anterior) de la *Geografía de España y Portugal* dirigida por Manuel de Terán (Barcelona, Montaner y Simón, 1952).

de la Blache, incorporando su modo de acercarse a las relaciones que cabe establecer entre las condiciones geográficas de un territorio y los hechos históricos y nacionales que se dan en él. Es decir: las conexiones entre geografía, historia y nación. La visión de España de Terán es la más acabada y solvente de cuantas se han ofrecido en el horizonte de la geografía moderna española. Constituye un verdadero modelo de interpretación geográfica de la conformación territorial de la nación, y plantea, con una perspectiva renovada, el asunto de la dualidad entre las tendencias unificadoras y las tendencias disgregadoras que aparecen en ella.

Terán afirma la existencia de una “personalidad geográfica de España”, conectada con su situación de encrucijada –entre dos continentes (Europa y África) y dos mares (Atlántico y Mediterráneo)–, y con su diversidad y contrastes naturales internos, que hacen de su territorio, como ya dijo Reclus, un “continente en miniatura”. Pero advierte Terán enseguida que esa personalidad geográfica no puede entenderse acudiendo solamente a los factores naturales, ignorando o minusvalorando los de carácter humano, social e histórico. La personalidad geográfica de España está hecha de componentes naturales, desde luego, pero es también, al tiempo, el resultado de la acción del hombre, “que en siglos de historia, de afanes y trabajos, sueño y pensamiento, ha hecho del medio natural paisaje de cultura, animado y nutrido de genialidad y savia espiritual” (Terán, 1949: 3-4).

Al hablar de su situación de encrucijada, Terán plantea una idea muy interesante e innovadora sobre la caracterización geográfica de la Península Ibérica. Frente a quienes habían hablado, desde Humboldt, del carácter intermedio, europeo y africano, de la Península, Terán modifica las coordenadas del asunto y afirma que no es europea y africana, sino mediterránea, es decir, que pertenece a una unidad geográfica e histórica fundamental, distinta de las continentales. La clave de la caracterización geográfica de la Península Ibérica es, por tanto, su pertenencia a la unidad geográfica –e histórica– mediterránea, no la doble presencia de rasgos europeos y africanos que se ha señalado muchas veces.

Es ésta sin duda una visión geográfica verdaderamente renovadora. La Península Ibérica (y España) no es la parte africana de Europa, con lo que ello entraña de excepcionalidad, de rareza, sino una parte del mundo mediterráneo, que comprende el Sur de Europa (con sus diferencias respecto del resto europeo) y el Norte de África (que difiere también notablemente del resto del continente, del mundo africano propiamente dicho). Según Terán, no se puede entender la caracterización geográfica de la Península Ibérica (y de España) en términos de unidades continentales: es preciso tener en cuenta otras unidades geográficas no continentales. “Mediterránea y atlántica –escribe Terán (1949: 5)–; más mediterránea que atlántica es la Península Ibérica, como consecuencia de su situación entre dos mares.

Pero de su situación entre dos continentes no se puede deducir que sea europea y africana. Cuando se habla de las afinidades entre España y África, se trata en realidad de las existentes entre dos miembros de la familia mediterránea. Mediterráneas son la Península Ibérica y el África Menor y como mediterráneas se asemejan y traban relación; pero ni Iberia ni el Magreb son propiamente africanos. [...] El viejo esquema de la división del mundo en cinco continentes, como unidades perfectamente diferenciadas y definidas, coacciona nuestro pensamiento, no dejando lugar en él para la noción de otra unidad que, constituida con fragmentos de Europa, Asia y África, se afirma con figura y personalidad propia en la Geografía y en la Historia”.

También reflexiona Terán sobre la caracterización interna de la Península, con la diversidad y los contrastes que encierra. Se refiere, ante todo, a la importancia de la Meseta central. El “núcleo interior meseteño”, como dice Terán, es “el núcleo originario de la Península”. Contando con ese núcleo originario, la Península ha tenido una larga y variada historia geológica, o, como escribe Terán, “una dramática y rica historia geológica, en la que no ha quedado experiencia por hacer” (Terán, 1949: 6). Y de esa historia geológica procede el relieve peninsular, cuyos componentes fundamentales son los cinco que siguen: en primer lugar, la Meseta central; después, los tres sistemas montañosos periféricos: la Cordillera Cantábrica, el Sistema Ibérico y Sierra Morena; en tercer lugar, las tres depresiones marginales: las de los ríos Ebro, Tajo-Sado y Guadalquivir; luego, las montañas alpinas: los Pirineos y los Sistemas Béticos; y, por último, las llanuras litorales.

Esa variada configuración morfológica define la compartimentación geográfica de la Península, su diversificación interna en unidades geográficas diferentes, en “unidades físicas regionales”, separadas por alineaciones montañosas, que condicionan los aspectos humanos, históricos y culturales. “Este conjunto de rasgos morfológicos –escribe Terán (1949: 7)– ha condicionado los modos de vida, las formas de cultura y de actuación histórica de los hombres que de ellos han hecho el escenario de sus afanes y actividad”. A la diversidad morfológica de la Península Ibérica se añade además la diversidad climática y vegetal. “El pequeño continente que es la Península –dice Terán (1949: 8)– no tiene un clima único, sino un conjunto de variedades climáticas de acusados contrastes”. Y ello se traduce en un conjunto igualmente contrastado de paisajes vegetales.

Esas son, según Terán, las principales condiciones geográficas de la Península Ibérica, y, dentro de ella, como parte de ella, de España. Son condiciones que se pueden resumir en su situación de encrucijada y su pertenencia a la unidad geográfica mediterránea, y en la marcada diversidad y los acusados contrastes (morfológicos, climáticos y vegetales) de su configuración interna, formada por unidades regionales muy distintas entre sí.

Veamos ahora cómo plantea Terán el asunto de la influencia de esas condiciones geográficas en la historia de España.

A lo largo de la evolución histórica de la Península Ibérica han actuado, según Terán, dos tendencias contrarias: “la tendencia unitaria”, que ha procurado hacer del conjunto de piezas peninsulares una unidad nacional, y “la tendencia disgregatoria”, con su pretensión de hacer de las unidades físicas regionales organismos políticos diferenciados. Y las dos tendencias han podido asociarse a determinadas condiciones geográficas. “Ambas tendencias –escribe– tienen una posible fundamentación geográfica. A la larga es la tendencia unitaria la que en forma parcial se ha impuesto. La Península ha quedado constituida por dos unidades políticas” (Terán, 1949: 7).

Procura Terán evitar las simplificaciones que hacen derivar mecánicamente las situaciones históricas de las condiciones naturales y geográficas. “Sin duda la compartimentación morfológica de la Península ha influido en la tendencia localista –dice–; pero su valor no debe ser exagerado más allá de sus justas proporciones. ‘Las grandes montañas que de Norte a Sur recorren Cataluña, dice R. Menéndez Pidal, están muy al Este del país y no en el límite con Aragón; los cien túneles del ferrocarril del Norte no separan a Castilla de León, sino a León de Asturias; la frontera de Portugal tampoco está determinada por sierras’” (Terán, 1949: 7). La visión de España de Terán señala la existencia de unas condiciones geográficas que pueden favorecer tanto la tendencia unificadora como la disgregadora. La victoria de una tendencia u otra no es algo “natural”, que venga determinado por el medio físico, sino que es sobre todo el resultado de la actuación humana, de la manera que han tenido los grupos humanos de actualizar históricamente determinadas posibilidades naturales y geográficas del territorio.

A diferencia de otras visiones anteriores de corte naturalista, en la visión de Terán son los hombres los que optan por una u otra de las formas de organización territorial y desenvolvimiento histórico y nacional que las condiciones geográficas hacen posibles. La caracterización geográfica de un territorio ofrece posibilidades (o potencialidades) que los grupos actualizan históricamente, de acuerdo con sus ideas y sus expectativas. Eso es lo que ha sucedido a lo largo de la historia de España: las condiciones geográficas, con sus dualidades, han cimentado en ocasiones la organización territorial y nacional unitaria, mientras que en otros momentos han favorecido organizaciones fragmentadas del territorio. El propio Terán pone algún ejemplo elocuente de esa dinámica histórica dual. La unidad peninsular romana y visigoda se rompe en la Edad Media, porque “la Geografía se impone en forma de diversificación política que acaba por cristalizar en tres grandes unidades” (el reino aragonés, Portugal y el reino castellano-leonés), con el Sistema Ibérico y la penillanura extremeña, que

definen sendos mínimos de densidad económica y humana, constituyendo fronteras naturales (Terán, 1949: 7).

Ésta es la perspectiva que propone Terán para entender las relaciones entre las condiciones geográficas de España y su desenvolvimiento histórico. Es, como se ve, una perspectiva razonable, alejada de extremismos de uno u otro signo, que procura plantear las cosas, como él mismo dice, en sus justas proporciones, sin exageraciones. Y es, desde luego, la perspectiva que tiene sentido en nuestros días, la que nos permite ponderar el papel que han desempeñado en cada momento las condiciones geográficas entre el conjunto de factores que intervienen en la definición de la trayectoria histórica.

Se trata, en fin, de una perspectiva que podemos resumir de la siguiente manera. Las condiciones geográficas de España deben ser tenidas en cuenta a la hora de entender cómo se ha desarrollado su historia. Tales condiciones no determinan ese desarrollo, y ni siquiera constituyen su principal factor, pero actúan en mayor o menor grado, en una dirección o en otra, dependiendo del modo como los grupos humanos utilicen sus posibilidades. Son los hombres los que deciden aprovecharse o no de las posibilidades geográficas que tienen a su alcance, y lo hacen de acuerdo con sus ideas y sus recursos. Las condiciones geográficas de España ofrecen, por ejemplo, facilidades y dificultades a un proyecto histórico nacionalmente unitario. Pero no determinan, ni mucho menos, que ese proyecto se realice o se rechace.

Lo que hay que hacer es lo que propuso Manuel de Terán. Considerar con rigor las condiciones geográficas presentes en cada momento histórico, y valorar en sus justas proporciones la influencia que han podido ejercer, en combinación con los restantes factores actuantes, en la configuración de la trayectoria histórica concretamente seguida. Sin hipertrofiar la capacidad causal de lo geográfico, y sin negar, en el otro extremo, su presencia activa. Este es, en fin, el único modo razonable de entender hoy cabalmente las relaciones entre las condiciones geográficas y los hechos históricos y nacionales. La geografía no explica la historia, pero es difícil, por no decir imposible, explicar la historia (y sus resultados nacionales) sin tener en cuenta la geografía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AYMES, J.R. (2005): "España en la leyenda negra francesa durante el siglo XIX", en MORALES MOYA, A. y ESTEBAN DE VEGA, M., eds.: *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*. Marcial Pons Historia. Madrid, págs. 297-329.
- BESSE, J.M. (2000): "L'individualité géographique dans le *Tableau*: quelle approche épistémologique?", en ROBIC, M.C., dir.: *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. Comité des travaux historique et scientifiques. Paris, págs. 227-249.

- BRAUDEL, F. (1949): *La Méditerranée et le Monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Armand Colin. París, XV, 1.160 págs.
- CALDERÓN Y ARANA, S. (1885): "Ensayo orogénico sobre la Meseta central de España", en *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, XIV, págs. 131-172.
- DANTÍN CERECEDA, J. (1918): "El sentido geográfico del regionalismo", en *El Sol*, año II, núm. 298, 26 septiembre, pág. 8.
- FEBVRE, L. (1922): *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*. La Renaissance du Livre. París, XXVI, 471 págs.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. y ORTEGA CANTERO, N., eds. (2007): *Manuel de Terán, geógrafo (1904-1984)*. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes. Madrid, 437 págs.
- ORTEGA CANTERO, N. (2005): "Paisaje, historia y nación (A propósito del *Tableau de la géographie de la France*, de Paul Vidal de la Blache)", en ORTEGA CANTERO, N., ed.: *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*. Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria. Madrid, págs. 9-44.
- ORTEGA CANTERO, N. y GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2006): "La visión de España en la obra de Élisée Reclus: imagen geográfica y proyección política y cultural", en *Ería*, 69, págs. 35-56.
- RATZEL, F.: "El territorio, la sociedad y el Estado" [1898-1899]. Traducción de J. Gómez Mendoza, en GÓMEZ MENDOZA, J., MUÑOZ JIMÉNEZ, J. y ORTEGA CANTERO, N.: *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)*. Alianza. Madrid, págs. 193-203.
- RECLUS, E. (1876): *Nouvelle Géographie Universelle. La Terre et les hommes. I. L'Europe méridionale*. Librairie Hachette. París, IV, 1.012 págs.
- RITTER, K. (1982): "La organización del espacio en la superficie del globo y su función en el desarrollo histórico" [1850]. Traducción de I. Pérez-Villanueva Tovar, en GÓMEZ MENDOZA, J., MUÑOZ JIMÉNEZ, J. y ORTEGA CANTERO, N.: *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)*. Alianza. Madrid, págs. 168-177.
- ROBIC, M.-C., dir. (2000): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. Comité des travaux historique et scientifiques. París, 301 págs.
- TERÁN, M. de (1947): "Vaqueros y cabañas en los Montes de Pas", en *Estudios Geográficos*, VIII, 28, págs. 493-536.

- TERÁN, M. de (1949): "La genialidad geográfica de la Península Ibérica", en VIDAL DE LA BLACHE, P. y GALLOIS, L., dirs.: *Geografía Universal*. Tomo IX. *Península Ibérica*. I. *Geografía Física*. Montaner y Simón. Barcelona, págs. 3-13.
- TERÁN, M. de (1957): "La causalidad en geografía humana. Determinismo, posibilismo, probabilismo", en *Estudios Geográficos*, XVIII, 67-68, págs. 273-308.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1903): *Tableau de la géographie de la France*. Hachette. París, 395 págs.
- VILAR, P. (1962): *La Catalogue dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*. S.E.V.P.E.N. París, 3 tomos, 717, 586, 570 págs., más atlas y gráficos.